

nadie lo hacía con más claridad, brevedad y sentido. Como las Hermanas lo sabían, tenían un especial gusto en preguntarle en las recreaciones y pedirle mil explicaciones acerca de todas las dificultades que podrían suscitarse en la observancia de las reglas del Instituto, y sin que lo supiese, había Hermanas que anotaban cuidadosamente todas sus respuestas. De este modo resultaron muchos cuadernos que recorrían todos los monasterios, y se aumentaban sin cesar.

Estos cuadernos, formados de contestaciones sueltas, eran por necesidad muy imperfectos. Había repeticiones y vacíos, faltaba el orden necesario, y era de desear y aun absolutamente preciso, que la santa Fundadora los viese y corrigiese; pero aquí estaba la dificultad: nadie se atrevía á enseñárselos, porque se temía que estos cuadernos, testimonios elocuentes de la veneración en que se la tenía, tuvieran la misma suerte que sus cartas anotadas por San Francisco de Sales, las cuales había echado al fuego. No obstante, era necesario hacerlo; las religiosas más antiguas, y sobre todo, la Madre Favre, dirigieron á la Santa tales súplicas, é hicieron valer tan fuertemente el interés del Orden, que por fin se decidió á revisarlos. Resultó un libro, al cual se le dejó el título sencillo, pero muy expresivo, que le habían dado las Hermanas: *Respuestas de lo que nuestra muy única Madre nos ha dicho en las recreaciones en este monasterio de Annecy, respondiendo á las preguntas que la hemos hecho acerca de nuestras reglas, Constituciones y costumbres*. Jamás título ninguno reveló mejor lo que es un libro.

En efecto, es como una explicación y comentario de

---

preguntas y cuestiones. Hijas mías, no soy gran predicadora, como sabéis; casi no sé hablar si no es cuando se me pregunta.» (Véanse los *Capítulos y entretenimientos inéditos*. Primer manuscrito en 4.º, pág. 72. Segundo manuscrito en 8.º, pág. 136. Archivos de la Visitación de Dijón.)

todas las reglas de la Visitación, una conversación familiar sobre el modo de entender cada punto de las Constituciones, con la solución de mil dificultades que pueden encontrarse diariamente. Todas las grandes cualidades de la Madre de Chantal brillan en este libro improvisado, por decirlo así, formado de mil conversaciones, pero por lo mismo, más sencillo y natural. Hay en él buen juicio, prudente moderación, apartamiento de toda exageración y exceso, y una amplitud de ideas enteramente admirables, junto con un perfecto conocimiento del corazón humano, de sus necesidades, de sus debilidades, de sus extrañas contradicciones, y una experiencia consumada de los caminos de Dios, y sobre todas estas cualidades un no sé qué de firme y resuelto, que es raro encontrar en tan alto grado. Se ve allí á un alma á quien nada acobardaría; buena en el fondo, muy sensible y amante, pero sin traspasar los límites del deber, y sin llegar jamás al quebrantamiento de las reglas. El lenguaje es sencillo, preciso, ligeramente imperativo, como ya he dicho, con cierta emoción dulcísima, que corre por todas sus páginas y templá la austeridad del mandato.

Se puede calcular en quinientas ó seiscientas el número de cuestiones prácticas resueltas en este libro; no todas son muy importantes, y aun hay algunas que podrían parecer fútiles, y no obstante, no titubeamos en decirlo: esta solución de muchas dificultades que pueden encontrarse en la observancia de las reglas, es una de las mayores gracias que ha hecho Dios á la Visitación. Y en efecto, ¿qué ha sucedido? Mientras que ciertas Ordenes religiosas se han fraccionado en muchas ramas, que otras han necesitado reformas multiplicadas para conservar su unión, ésta, sin Superiores generales, sin Visitadores, sin capítulos anuales, ha guardado en todas partes su misma fisonomía con el mismo fervor. Quien ha visto á una hija de San Francisco de

Sales, las ha visto á todas. Quien ha entrado en un Monasterio de la Visitación, los conoce á todos. En los Monasterios de la Visitación de Francia y de Italia, lo mismo que en los de Polonia ó América, no hay ni un solo ejercicio que se practique de distinto modo, ni una dificultad que no se resuelva lo mismo; y esto, no nos cansaremos de repetirlo, porque aquí está la maravilla, sin otros recursos que los libros de los Santos Fundadores, que á la verdad lo contienen todo.

Mucho había costado que la Madre de Chantal revisase las *Respuestas* recogidas sin noticia suya por las Hermanas, pero jamás se le pudo hacer consentir en que se imprimiesen. La sola idea de publicar un libro, repugnaba á su humildad (1). Fué preciso esperar á que estuviese depuesta, y entonces la Madre Favre envió las *Respuestas* á los impresores, pero con expresa recomendación de que no lo supiese la Madre de Chantal. Por desgracia, fueron vistos algunos ejemplares en casa del librero á quien se le habían dado para que los encuadernase, y la persona que los vió, creyendo que estaban de venta por orden de la Madre de Chantal, se lo comunicó al Ilmo. Sr. Juan Francisco de Sales, el cual, admirado y muy sentido, fué al instante al Monasterio de la Visitación. «Madre mía—dijo á la Santa con tono severo,—vengo á deciros una cosa que acabo de saber, y que me duele mucho.» La Santa se sobrecogió

(1) Véase lo que escribía la Madre Favre enviando el libro á los monasterios. «En cuanto á nuestra respetable Madre, hemos creído que no desaprobaba la libertad que nos hemos tomado de hacer imprimir este libro, porque lo ha sido con tanta fidelidad, que nadie le ha visto, y no se ha extraviado una sola hoja. Esta es también la humilde súplica que tenemos que haceros, queridas Hermanas mías: que tengáis la bondad de guardarle con tanto cuidado en vuestros monasterios, que no salga ningún ejemplar para que le vea persona alguna, sea quien fuere. Porque además de que son instrucciones que no son propias sino para nosotras, estoy segura de que la humildad de nuestra muy digna Madre, le haría sufrir extraordinariamente si viese impreso este libro durante su vida.»

con estas palabras, y mucho más cuando añadió su Ilma.: «Se me ha dicho que está en venta el libro de las *Respuestas* que habéis compuesto para aclarar las Constituciones de nuestro bienaventurado. A la verdad, no hace mucho honor al bienaventurado ni á vuestro Instituto, que se meta una mujer á explicar las Constituciones hechas por un hombre tan grande. ¡Todos creen que no hacéis nada sin consultar conmigo!» La Madre de Chantal estaba de pie escuchando esta reprensión con un aspecto humilde y confuso, y con las lágrimas en los ojos. Cuando acabó de hablar respondió humildemente: «¡Oh, Ilmo. Señor! ¿es posible esto?» Confesó luego que había respondido acerca de las reglas, así como de las Constituciones. «Ya sabéis, Ilmo. Señor, que las hijas nunca saben bastante. He contestado á las dificultades que me proponían, y habiendo las Hermanas escrito, sin que yo lo supiese, mis respuestas, quisieron luego que las revisase, así como nuestras Hermanas Superiores, y sobre todo mi hermana Favre, que me instó para que las corrigiese, lo que hice sencillamente y sólo por complacerlas. Viendo que guardaban este compendio, que estaba mal redactado y sin orden, le revisé y corregí con mucho trabajo, porque mis respuestas habían sido copiadas con una superfluidad de palabras, que ciertamente no había yo empleado.» Dicho esto, se retiró un poco detrás de la reja para limpiarse los ojos, porque lloraba, y casi no podía hablar de tan enternecida como estaba. «Vaya, pues bien, Madre mía—la dijo el Obispo,—es menester no enfadarse, sino consolarse.» A lo que respondió con una dulzura incomparable: «Ya sabéis, Ilmo. Señor, que los primeros movimientos no son nuestros: me curaré con Nuestro Señor. Esta es una buena abyección, y una de las mejores humillaciones que he recibido. Hágase la voluntad de Dios. Ya pondremos orden en esto prontamente.» Al salir del locutorio le dijo una Hermana para

consolarla: «Madre mía, estas no son más que vivezas de su ilustrísima.—¡Oh!—respondió—no es esto lo que me aflige, sino que mis respuestas se hayan visto fuera; no podía recibir mayor mortificación que ésta.» Y añadió: «Bien lo merece mi orgullo.» Al instante hizo sacar las *Respuestas* de casa del librero, y desde entonces quiso que ensayasen á encuadernarlas en el monasterio, para que jamás pudiesen verlas fuera (1).

Mas no logró su intento, porque desaparecieron de cuando en cuando algunos ejemplares de los monasterios, en donde estaban guardados, y examinados por los más grandes Obispos del siglo XVII, leídos también y consultados por los Superiores confesores de los monasterios de la Visitación, fueron admirados por los Cardenales y Príncipes de la Iglesia, y aprobados en Roma con los términos del más vivo entusiasmo (2).

Si era importante concluir la publicación de las Constituciones y costumbres de la Orden, fijar el sentido preciso de las reglas, y disipar todas las obscuridades de los textos por medio de un comentario breve y claro, no lo era menos, y sí mucho más importante, hacer comprender bien su espíritu, su sentido oculto, y ese no sé qué encerrado bajo la letra, que es como su alma y su vida; siendo esto tanto más necesario, cuanto que las fundaciones eran cada día más numerosas, y que el monasterio de Annecy era un plantel de Superiores y fundadoras. Por esto la Madre de Chantal nada descuidaba con este fin; y sin hablar de los particulares avisos que daba á cada Hermana, de las conversaciones que sobre este asunto tenía en las recreaciones, del inmenso número de cartas que escribía á las Superiores, tenía cada sábado, conforme á la regla, un capítulo ó junta general de las Hermanas, durante

(1) *Memorias inéditas de la Hermana de Clermont Mont-Saint-Jean.* (Archivos de Annecy.)

(2) *Circulares*, tomo II, pág. 136.

el cual hablaba sin cesar del espíritu de la Visitación, ensayando, por decirlo así, el modo de encender el fuego divino en el alma de sus Hijas. Notas tomadas en secreto nos han conservado estas conversaciones, que la Madre de Chantal no revisó jamás, y que aún están inéditas (1).

Estas conversaciones en nada se parecen á los llamados entretenimientos de San Francisco de Sales. El lenguaje de la Santa es más conciso, más enérgico, algo incorrecto, sin adornos ni comparaciones, pero vivo, vehemente, muchas veces tierno y casi siempre elocuente. Citaré algunos ejemplos, menos para dar una idea del estilo de la Santa, que para hacer conocer más y más su grande y varonil espíritu, y hacer ver al mismo tiempo los pensamientos tan elevados con que se alimentaban entonces las Hijas de la Visitación.

Véase cómo les hablaba un día la Madre de Chantal de la necesidad de morir á sí mismas, y del vano deseo de agrandar á las criaturas: «Me decís, queridas Hermanas mías, que nada es tan sensible como lo que toca al honor. ¡Ah, Jesús mío! ¿Cuál es el honor que debe tener una sierva de Dios sino la humillación y la abyección? Nada hay que me sea tan intolerable como el que una Hija de la Visitación quiera ocuparse en puntillos de honor. Porque ¿no es cosa monstruosa que deseemos otro honor que el que escogió Nuestro divino Maestro? Él hizo consistir su honor en los desprecios, oprobios y calumnias. Las personas vanas y necias del mundo ponen su honor en montar bien á caballo, en

(1) Se encuentran frecuentemente en los monasterios de la Visitación bellas copias de estas conversaciones y capítulos inéditos, hechas en el siglo XVII. Tenemos dos en nuestras manos: una pertenece á la Visitación de Dijón; la otra, más hermosa y más completa, pertenece al Sr. Conde de Juigne, que ha tenido la bondad de comunicárnosla. De estos dos manuscritos unidos y confrontados juntos, vamos á sacar las citas siguientes.

tirar al florete, bailar, jugar, saltar, en ser graciosos y oportunos en hablar. Y qué, ¿pondremos nosotras nuestro honor en tonterías, en tener empleos en el monasterio, en ser Superiora, Asistente, Directora, Provisora?...» Y después de haberles manifestado la vanidad de estos empleos les decía: «¡Ah, Hermanas mías! vale más, sin comparación, ser humilde Hermana doméstica, que dama de honor de la Emperatriz. Si yo tuviera que escoger, quisiera mejor el humilde velo blanco de una Hermana doméstica, y fregar toda mi vida los pucheros y escudillas del convento, que la rica corona de las mayores reinas de la tierra.—Sí—repetía insistiendo en lo mismo,—vale más lavar las marmitas en la casa de Dios, que enhebrar perlas en los palacios de las reinas del mundo; y valen mil veces más las lágrimas, mortificaciones y penitencias y la sujeción de la vida religiosa, que los honores, la libertad, y todos los placeres de que gozan las gentes del mundo. ¡Oh, cuán gloriosos serán los que hayan trabajado para servir á las esposas de Jesucristo! ¡Cómo resplandecerán los piés de las que se hayan cansado en esta obra! En el día del juicio dirá Dios á los que hayan servido á sus siervos y siervas: Lo que habéis hecho á los míos, á mí me lo habéis hecho; venid y os glorificaré. Pero á los amadores del mundo ¿qué les dirá? Apartaos de mí, autores de iniquidad, no os conozco. Entonces se verá á los pobres legos, Hermanos y Hermanas de las Religiones, sentados en los tronos más altos, y muchos Reyes y Reinas estarán en los infiernos, y si están en el cielo estarán bajo sus piés. Mirad, pues, si es digno de desprecio el estar empleada en cosas bajas y pequeñas. En verdad que si esto es despreciable, es muy de desear, y es una abyección muy gloriosa (1).»

Este es el estilo habitual de la Madre de Chantal en

(1) *Manuscrito de la Visitación de Dijón*, pág. 8.

sus *Capítulos*, y el asunto ordinario de sus conversaciones: la humildad, la obediencia, la muerte de sí misma y el despojo de todo lo que no es Dios. Rara vez salía de estos austeros pensamientos; y si por casualidad tocaba alguno de estos asuntos tan amables á que San Francisco era tan aficionado, á saber, la dulzura, la cordialidad ó la sencillez, lo hacía de otro modo que el Santo, expresándose con energía y vigor (1). No obstante, su lenguaje se dulcificaba algunas veces cuando pintaba á sus Hijas la dicha de su vocación, y la paz de que gozaban lejos de las vanas alegrías del mundo. «La casa de Dios—decía un día—es la Santa Iglesia; la habitación del Rey, la vida religiosa. Hace veintiún años que la divina bondad ha querido edificarse una nueva morada para hacernos reposar allí, y gozar en ella de su divina presencia y caricias celestiales. Mirad, Hermanas mías: cuando un Rey edifica en algún hermoso y antiguo castillo una nueva habitación, la enriquece con pinturas, dorados y todo lo más precioso, y hace un señalado favor á las personas que introduce en esa habitación, en la cual acostumbra á conversar á solas con la Reina, su muy amada esposa. Ciertamente nuestro Salvador, nuestro buen Jesús, nuestro adorable y amabilísimo Esposo, en este último siglo ha tenido el gusto de edificarse otra nueva habitación en su Real casa, y ésta es nuestro pequeño Instituto, del cual ha cuidado tan paternal y amorosamente. Nosotras no éramos, queridas Hijas mías, sino pobres, indignas y miserables criaturas; no obstante, Dios, por un exceso de bondad, nos ha hecho y escogido para reinas y esposas suyas. Nos ha traído á lo interior de su morada con cadenas de oro, de amor y suavidad. Sus delicias son estar con nosotras y colmarnos de favores (2).»

(1) Véase el capítulo donde se habla del amor propio y de los caprichos cuando se está enfermo. (*Manuscrito del Sr. Juigne*, pág. 49.)

(2) *Manuscrito de la Visitación*, pág. 79.

Y otro día, hablando sobre el mismo asunto, y queriendo hacer comprender á sus Hijas la paz de la vida religiosa lejos de un mundo cuyas miserias no sospechaban muchas de ellas, evocaba sus propios recuerdos y pintaba á grandes rasgos las desgracias de la época. «Me parece, queridas Hijas mías—les decía,—que vista la gran felicidad de nuestra vocación, no somos bastante agradecidas. Mirad, Hermanas mías, toda la cristiandad sufre, padece y se aflige, mientras que nosotras estamos aquí en nuestros claustros, donde ignoramos todas las desgracias que la guerra lleva hoy consigo á todas partes. Vivimos en paz y con santa alegría, como de ordinario, tranquilas y contentas en nuestras ocupaciones. Estamos exentas de los desórdenes de una casa; de los cuidados continuos y muchas veces aflictivos de los hijos; de las insolencias de los criados; de las exigencias y ruidos de los suegros y suegras; de la inquietud de los pleitos; de los temores de que maten al marido; exentas de ver que los soldados saqueen nuestras casas y fortuna, y quemén nuestras granjas; en fin, estamos fuera de mil y mil males largos de contar, y de los cuales nos ha eximido Dios para traernos á gozar de la paz de su casa y contarnos en el número de sus Hijas predilectas... ¿Y para qué pensáis que Dios ha hecho todo esto en favor nuestro? A fin de que le sirvamos en santidad y justicia todos los días de nuestra vida; á fin de que roguemos por su pueblo, por nuestros buenos hermanos cristianos, por el querido prójimo, que sufre tanto y tanto, que es intolerable el oír contar sus calamidades. Uno viene á decirnos que todos sus parientes han muerto de la peste; otro dice, estamos viendo acercarse la hora de ser completamente saqueados y entregados á merced de nuestros enemigos, y tanto más cuanto nuestros vecinos han sido muertos por ellos. Las doncellas son insultadas, las mujeres deshonradas y muertos sus maridos; las viudas y los huérfanos lloran

oprimidos de males, y de todo esto, vuelvo á repetir, nos han librado la bondad y dulce misericordia de Nuestro Señor... ¡Oh queridas Hermanas mías! digamos todas con sentimientos nacidos del corazón: «¿Qué volveremos al Señor por todos los bienes que nos ha hecho? (1)»

Otros capítulos hay por este estilo; pero no son, por decirlo así, sino digresiones de la Santa, la cual vuelve muy pronto á los asuntos que prefiere á todo, á saber: la humildad, la mortificación, la obediencia, el desasimiento de la propia voluntad, estas grandes y difíciles virtudes que son la base de la perfección en todas las Ordenes religiosas, pero que era necesario establecer muy particularmente en la Visitación, donde las mortificaciones corporales y las obras de abnegación no sostenían á las Hermanas como en el Carmelo y en las Hijas de la Caridad. Así, á pesar del temor de abusar de las citas, todavía voy á hacer dos, que llevan impreso el sello de una energía varonil.

«Habéis venido aquí—les decía un día en el capítulo—para uniros á vuestro Dios y separaros de todo lo que no es El. Habéis dejado el mundo, y vuestro celestial Esposo os hace subir y os lleva en pos de sí sobre el monte Calvario. Allí se deja desnudar, clavar y coronar de espinas, abreviar con hiel, ultrajar hasta el extremo y abrir el costado. En una palabra, mil y mil millones de cosas ásperas, duras y dolorosísimas para su sagrada humanidad. Pues, Hermanas mías, preciso es que hagáis lo mismo; porque, mirad, hay dos puntos en este asunto. Es menester que os aniquiléis á vosotras mismas; es decir, que trabajéis fiel y animosamente en vuestra perfección. Es menester después que dejéis hacer á los demás para que os desuellen, despojen y ha-

(1) *Manuscrito de la Visitación*, pág. 88.—*Manuscrito del Sr. de Juigne*, pág. 44. Este capítulo está incompleto en el segundo manuscrito.

gan de vosotras lo que quieran. Es menester que seáis flexibles para todo esto, porque si resistís no seréis verdaderas esposas de Jesucristo crucificado... Creedme, Hermanas mías; no exceptuéis nada, dádselo todo á Dios, arrojad de vosotras todo lo que le desagrada, despreciad al mundo y olvidadle de todo corazón. Sobre todo, es menester dejar el propio juicio, la propia voluntad, el amor propio; estas tres cosas son las que os costarán más trabajo, pero son las más necesarias. Es menester que os dejéis de tal modo en manos de los que os gobiernen, que os puedan torcer y retorcer á su gusto, como se hace con un pañuelo (1).»

Otro día, volviendo la Santa del refectorio, se arrojó delante del Santísimo Sacramento, y de repente se llenó de resplandor, y de una serenidad y firmeza extraordinaria, y en cuanto se sentó dejó escapar estas palabras llenas de fuerza y de una energía particular: « ¡ Ah ! Dios mío, ¿qué hacemos en esta vida, queridas Hermanas mías? Puedo aseguraros que nunca he comprendido tan claramente la belleza y bondad de la muerte como ahora. ¡Ay! ¿qué haremos aquí abajo, en este miserable valle de lágrimas, separadas de Dios, y en donde no se encuentra casi en nadie una sólida virtud? ¿Dónde hay una verdadera humildad, una verdadera sencillez, un alma enteramente abandonada á la divina Providencia? ¿Cuál es de entre todas nosotras la que querría vivir siempre humillada, abatida y despreciada? ¡Oh Dios mío! si es menester vivir aquí abajo, que sea para practicar todas las virtudes sólidas. Por esto me resuelvo, Hermanas mías muy queridas, á no lisonjear vuestras inclinaciones, sino á dominarlas, y á no contentar ni una sola de las que os conozca. ¡Ay Dios! nos portamos como niñas, y esto me disgusta mucho. Es menester que desde hoy las Hijas de la Visitación

(1) *Manuscrito de la Visitación*, pág. 22.

practiquemos las verdaderas, heroicas y grandes virtudes. Os aseguro que si ahora se hubiera de dar el primer paso para este Instituto, andariamos de otro modo que hasta aquí, al menos si pensara como en la actualidad. Estoy absolutamente decidida á mortificaros, y á contrariar de veras vuestras inclinaciones. Sí, os lo aseguro delante de Dios, Hermanas mías; os mortificaré y humillaré, y obraré con más fortaleza de ánimo que hasta aquí, arrepintiéndome mucho de no haberlo hecho antes. Pero desde este momento no quiero más boberías. O romperse ó doblarse... Hermana mía (dirigiéndose á la maestra de novicias), mortificad bien á las Hermanitas del noviciado; y si hay algunas demasiado vivas que no pueden sufrir que se las mortifique, ¿sabéis el remedio? Pues no es otro que doblar, triplicar y retriplicar. Y vosotras, Hermanas novicias, si no queréis caer, estad firmes... Para concluir, os aseguro que os mortificaré á todas sin distinción alguna. Os he prometido contrariar fuerte y firmemente vuestras inclinaciones, y os aseguro que seré firme en cumplir este propósito; y quien no quiera que se la contrarien sus inclinaciones tenga cuidado de que yo no las conozca, porque cuantas vea, otras tantas combatiré, Dios mediante(1).»

Así hablaba la Madre de Chantal á sus Hijas. ¿Y á qué Hijas se quejaba, diciendo no había virtud entre ellas? A religiosas tales como la Madre Favre, la Madre de Brechard, la Madre de Chatel, la Madre de Blo-nay, la Madre de la Roche, enriquecidas la mayor parte con dones extraordinarios, y que derramaban por todas partes el buen olor de virtud que todos sus contemporáneos alabaron. Pero los Santos son así, y la diferencia que hay entre ellos y los mundanos consiste en que éstos creen siempre que hacen demás, mientras

(1) *Memorias del Sr. Juigne*, pág. 75. — *Manuscrito de la Visitación*, pág. 78.